

lizado. Un morir, nacer, morir... Modelar las formas o las desplaza, las envuelve o las proyecta y éstas responden fundiéndose unas con otras, modificándose sin resistencias, como si todo fuera, y es, producto de un diálogo personal, íntimo, que nunca será igual, ni repetido. Un diá-

logo que no alcanza a añorar, ni a estar triste.

La atmósfera de estas tres obras, en definitiva, son las que a nuestro criterio, nos han dado la dimensión espiritual del artista, y las que hacen reconocer sus posibilidades, que son muchas. ♦

música

un curioso estreno: "penélope", de g. fauré

• CARLOS PEMBERTON

CONTINUANDO la marcha de la temporada el Teatro Colón ofreció el estreno americano del poema lírico en tres actos de Gabriel Fauré: "Penélope". Trátase de una extraña obra que cobija al mismo tiempo la delicadeza y fluidez de la música francesa con el sentir wagneriano.

Hasta el momento de escribir "Penélope" el contacto que había tenido Fauré con el teatro se debió exclusivamente a las músicas de escena destinadas a ilustrar diversas obras. La anterior a "Penélope", en sentido teatral, fue "Prometeo" que se representó al aire libre. Debido a esto la orquestación de esa obra usaba generosamente los metales para que el aire no "comiera" los sonidos. Algo de esto debe haber quedado en Fauré, ya que en "Penélope" existen momentos incómodos para la protagonista que debe cantar contra un marco pesado de metales que la tapan. Sabido es, por otra parte, que Fauré no fue precisamente en la orquesta donde llegó a distinguirse. Sus obras son en general canciones, piezas para piano o pequeño conjunto, en las que llegó a descollar siendo casi todas ellas pequeñas obras maestras. La orquesta presenta problemas muy distintos, y más aún la ópera. En este último género el libreto posee capital importancia y una de dos, o debe proveer acción en cuyo caso no importa tanto

su calidad literaria, o debe justamente, en caso de carecer de movimiento, ser de óptimo valor y jerarquía. El libreto de René Fauchois, que tanto entusiasmó a Fauré con "Penélope", carece de ambas cualidades requeridas. No posee acción ni vale la pena lo que en él se dice. Nos encontramos entonces con una falla importante en la ópera. Queda aún la música para salvarla, ¿pero sucede esto...?

No puedo dar más que mi opinión personal, y aún así, cambié muchas veces mi modo de pensar con respecto a esta obra. La primera vez la hallé agobiadora y aburrida, con algunas frases que valían la pena. La segunda vez (oída mientras efectuaba la grabación de la misma), encontré nuevas bellezas, la tercera vez (comprobando la calidad de la grabación), aparecieron los temas en sus distintos tratamientos, pero gustándome cada vez más. La cuarta vez, nuevamente en el teatro, donde volvió a tornarse pesada. La sexta, en grabación, me cautivó nuevamente. ¿Qué sucede, entonces, con esta obra?

Creo, antes que nada, que se trata de una ópera —o poema lírico, como la llamó Fauré— para escuchar y no para ver. Al carecer de acción con un primer acto desmesuradamente largo (una hora) en el que prácticamente no ocurre nada y debiendo fijar la atención en un escena-

rio por el que deambulan desmayadamente sus personajes, es indiscutible que se produce un cansancio mental. Podrá argüirse que el segundo acto de "Tristán e Isolda" es igualmente largo y carente de acción. Muy bien, pero su música es superior y tiene la suficiente fuerza y vigor como para captar y retener la atención del espectador. Escuchada, más que vista, "Penélope" llega a gustar y cautivar al oyente. Es una obra extraña que no se entrega de golpe, sino que, por el contrario, se va abriendo lentamente con nuevas audiciones a pesar de los factores que contra ella conspiran. El encanto y la delicadeza de su fluidez melódica, tales como la entrada de Penélope, su aria "Ulysse, mon fier époux" y la maravillosa frase con que se cierra el primer acto, redimen a la obra (que melódicamente tiene muchos aciertos) de su wagnerismo "pasado por agua" y su pésima orquestación, no realizada en su totalidad por el compositor sino por manos de amigos y algún discípulo.

Gabriel Faure (sin acento) en su libro sobre "Gabriel Fauré", rebate ampliamente los rumores que se corrieron sobre la intervención de manos ajenas en la orquestación de "Penélope", basándose en su amistad con el compositor, pero éste, en cartas a sus familiares, habla sobre la colaboración de personas amigas en el trabajo de orquestar su ópera. Por eso muchas partes tienen altibajos, cuando no, pretensiones de parecer lo que no es. Aún así, y con todo, mi opinión es favorable.

Régine Crespin, en el rol protagónico, fue una de las razones convincentes de la obra, ya que con su majestad y porte altivo, hizo parecer plausibles muchas de las boberías del libreto. Su voz, de un timbre y calidez excepcionales, convirtió en un goce ininterrumpido sus apariciones. Guy Chauvet, como Ulysse, demostró ser un tenor de condiciones y voz potente y agradable que puede llegar con inteligencia a mucho más. Entre los cantantes extranjeros que también intervenían, resta por nombrar a Julien Haas,

de corto y vigoroso papel, y a Solange Michel, de noble señorío y contenida emoción. De los cantantes locales cabe destacar a Eugenio Valori (a quien le correspondió uno de los momentos más bellos de la ópera) y al numeroso grupo que completaba el reparto: Nino Falzetti, José Crea, Italo Passini, Carmen de la Mata, Raquel Zipris, Carmen Burrello, Africa de Retes y Diamela Molina.

La escenografía, no muy lucida, de Suzanne Lallique (que incluyó uno de los anacronismos más importantes que hayamos visto en ópera, tal el caso de unas ruinas, suponemos del último estilo dórico, en época pre-homérica. Tal vez el mármol usado en ese templo haya sido de mala calidad para haberse convertido en ruinas tan pronto, ya que otras construcciones han llegado hasta ahora en bastante buen estado).

La régie de Marcel Lamy se mostró desinteresada en absoluto y demostró no poseer mucho conocimiento, no ya de la obra, sino del estilo en que debieron realizarse ciertas cosas. "Tensar el arco", como dicen en la obra, para la prueba final de los pretendientes de Penélope, no significa tirar una flecha, sino enganchar un extremo de la cuerda en la punta libre del arco. Esto era lo que sólo Ulises podía realizar. Luego se tiraría la flecha, pero ya es otra cosa. (Duda confirmada por la cantante que no recordaba a ciencia cierta qué estaba fuera de lugar en el último acto, hasta aparecer la cuestión del arco en la conversación).

La dirección orquestal de Jean Fournet sacó provecho donde pudo encontrar algo salvable en la orquestación, y en general mantuvo un plano de nobleza y seriedad. Resumiendo: un estreno ante el cual muchas personas se quejaron, pero desde ningún punto de vista desperdiciado; antes bien, debemos agradecer la oportunidad tenida de conocer una importante obra que —aunque híbrida— no deja de poseer méritos como para haberla sacado del olvido. ♦